

Ha llegado a España un torero chino...

...Que cuenta su vida y su carrera a los lectores de Estampa



He aquí el único torero chino del mundo, V. Hong, vestido de lo que es: de chino.

UN TORERO CHINO EN BARCELONA

SE lo aseguro a ustedes. Pueden creerme. Este chino que acaba de llegar a Barcelona no es un vendedor de collares de perlas falsas y bisutería. ¡Mi palabra de honor! Es un torero auténtico, un torero de verdad, que se propone introducir, algún día, nuestra fiesta nacional allá en China. Un poco de trabajo le va a costar enseñar a sus paisanos a jugar al toro por las calles de Nankin y Shanghai, pero, en fin, él dice que esta es su gran ilusión, y las esperanzas no se pierden.

Sin embargo, V. Hong, para ser torero, no es muy marchoso, al contrario... Un hombre completamente honrado, eso sí; importante, serio, fundamentalmente serio, y no un chino cualquiera. Tiene una mirada atónita. En su ojo izquierdo hay como un depósito de melancolía, y en el derecho una gran afición a las aventuras. Pero esto no tiene ninguna importancia. Atiendan ustedes ahora—si quieren—a la historia de su vida, con sus más y sus menos, que V. Hong nos cuenta de una manera bastante sincera, con documentos y todo.

EL CHINO SE CORTA LA TRENZA Y LA GENTE LO APÉDREA

—Yo nací en Sunwuy, cerca de Canton, y tengo treinta y siete años. A los ocho me fugué de casa de mis padres, que eran comerciantes, para formar parte de una compañía de opereta china. Yo, claro, sabía cantar un poco en mi idioma, pero entonces los artistas estaban considerados como la peor gentuza de la sociedad, y mis padres fueron a buscarme, obligándome a regresar a casa...

—Y le dieron a usted una buena somanta, ¿verdad?
—No es costumbre zurrar a los chinos... Me dieron consejos...

—¡Ah!

—Quería ser artista.

—¿Los chinitos suelen ser gandules?

—No... Igual que los muchachos de todas partes...

Van al colegio... A mí, para que no volviera a escaparme, me mandaron interno a un colegio de Canton, donde aprendí el oficio de impresor y tipógrafo.

Nos mira largo tiempo sin parpadear; con gestos prevacidos, escondiendo las manos, prosigue:

—Cuando cumplí once años, comenzaba la revolución contra el emperador Quong Lui, un chino sin voluntad, dirigido por su madre, sanguinaria y déspota. Los revolucionarios, para distinguirse, se cortaban la trenza... Yo también me la corté con otros jóvenes, pero hube de soportar más de una vejación, pues las gentes nos corrían a pedradas... Como la ley obliga a casarse a los catorce años, y yo me negué, mi padre decidió trasladarse a California con toda la familia. Allí aprendí el inglés...

V. HONG TRABAJA EN UNA MINA DE ORO

—Luego fuimos a Méjico... Murió mi padre, y mi

hermano mayor se hizo cargo del negocio. No nos entendimos...

Hace un gesto indignado.

—¿Se liaron a mamporros?

—Ni siquiera discutimos, que esta es la costumbre entre nosotros.

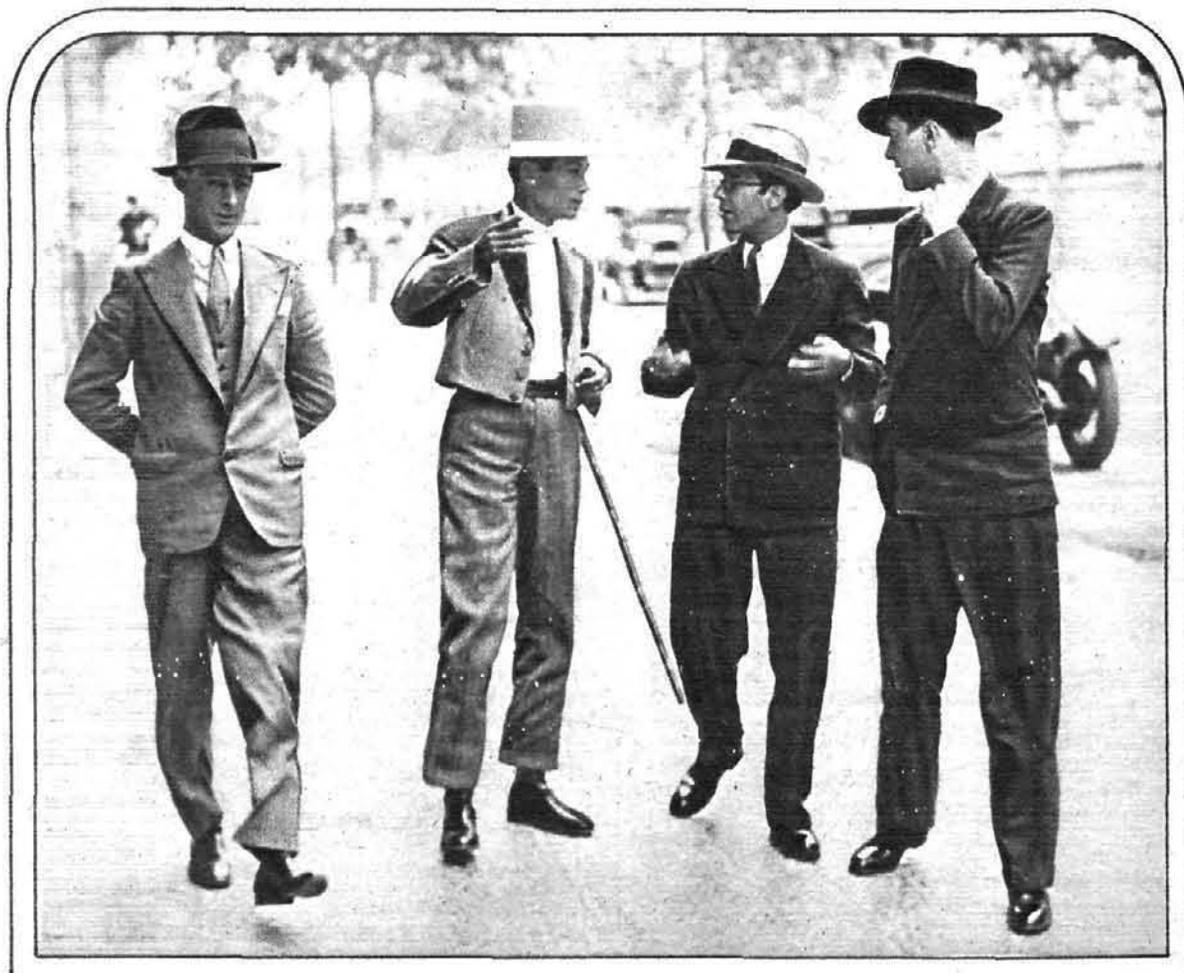
—¿Y qué hizo usted?

—Fuí a trabajar en una mina de oro. Comía, con los demás obreros, debajo de tierra y recorriamos, antes de llegar a la mina, siete kilómetros en vagoneta, siempre debajo de tierra. A los pocos meses, una noche, los bandoleros robaron todos los lingotes de oro. Yo estaba lleno de terror, y, además, como no me gustaba el carácter norteamericano, abandoné aquello.

LOS TOREROS SON UNOS SERES EXTRAORDINARIOS

—¿Cuándo nació en usted la afición al toro?

—Al regresar de la mina, en la Estación Central de la Ciudad de Méjico, una enorme multitud esperaba el cadáver del famoso matador de toros Antonio Montes. La gente lloraba y se mesaba los cabellos. Había muchos obispos y curas... Fué una cosa emocionante... Yo no había visto aún ninguna corrida. La curiosidad me llevó a la plaza... Salí de la fiesta entusiasmado. Me hice



V. Hong paseando por las calles de Barcelona con el pintor Martín Durbán y el banderillero «Curro Prieto», cuenta a nuestro colaborador su vida de torero en América.

amigo de toreros, y ya no vi en ellos sino seres extraordinarios, llenos de heroísmo y valor... Comencé un aprendizaje duro, llevando muchos porrazos, y me perfeccioné, pagando 30 pesos mensuales, en la Escuela Taurina que dirigía Frascuelillo.

OTRA VEZ DE MINERO

—Me quedé sin dinero y marché a Honduras, a las minas de oro de Sanjuanico, donde trabajé un año. Gané 40.000 pesos y volví a la Escuela Taurina. Al llegar a Manzanillo se declaró la revolución contra Porfirio Díaz y tuve que enterrar el baúl en el patio de la casa en que me hospedaba, pues en él guardaba todo el dinero y temía que me lo robaran.

PINTORESCA MANERA DE LLEGAR A COMANDANTE DE UN EJÉRCITO

El reportero toma la palabra para hacer una pregunta: —¿Quiere usted decirme cómo logró ser comandante del ejército mejicano?

—Pancho Villa, que estaba con un ejército hambriento y zarrapastroso, y no podía practicar el saqueo porque todos los tenderos tenían los negocios cerrados y los

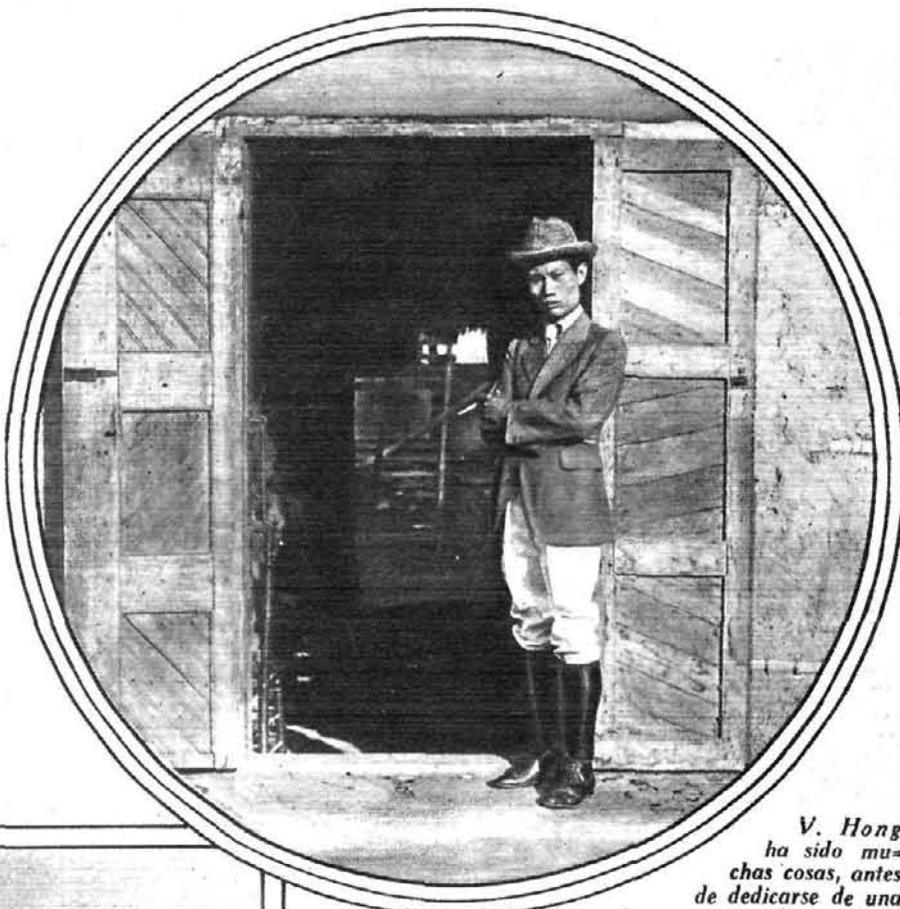
puso que formase un ejército de dos mil chinos, de los cien mil que hay en Méjico, para incorporarme a sus tropas en Veracruz, custodiando un tren con nueve furgones de lingotes de oro y doce de campanas de las iglesias para acuñar monedas de cobre. Y me nombró comandante.

—¿Le darían un vistoso uniforme, con muchos botones dorados?

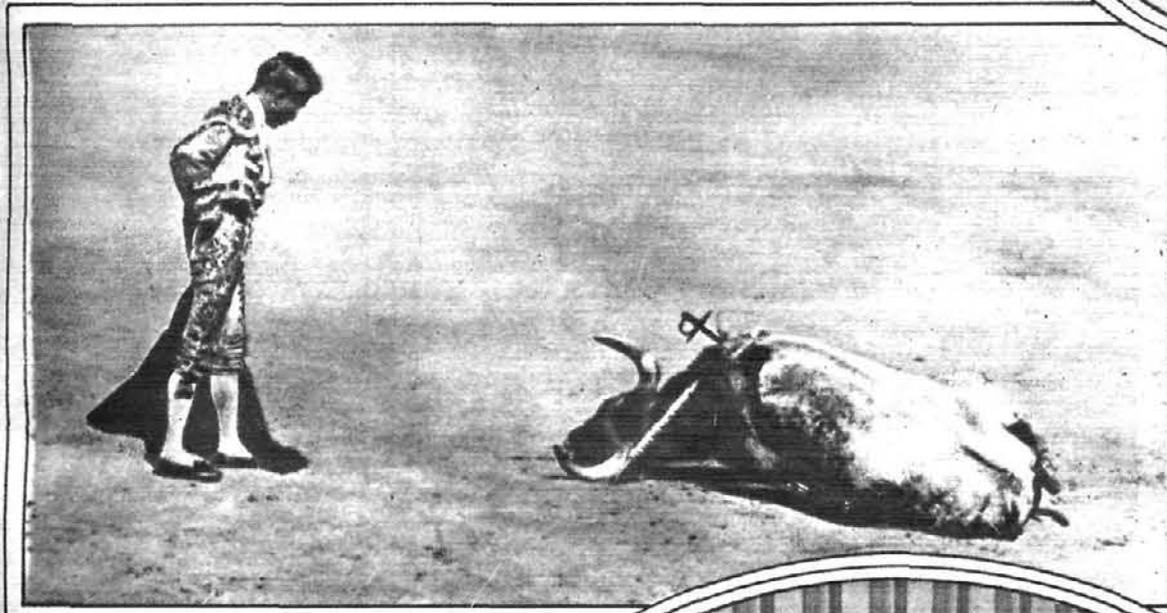
V. Hong no contesta; no le divierten las bromas, aunque tampoco sabe estar triste ni serio.

UNA BATALLA TEMIBLE

—El nombramiento aquí lo tiene usted: se me dió por escrito. Allí, el unifor-



V. Hong ha sido muchas cosas, antes de dedicarse de una manera exclusiva al torero: véanlo ustedes de Comandante del Ejército mejicano.



En esta foto pueden ustedes admirar a este chino extraordinario en una actitud de torero de verdad, después de darle muerte a un toro.

defendían armados hasta los dientes, me buscó a mí y se hizo muy amigo mío para que lo sacase de aquella situación. Yo no era sospechoso y podía adquirir todo lo que necesitaba. Me entregó un millón de pesos y conseguí mandar cincuenta furgones de alimentos.

—¿Un gran tipo Pancho Villa?

—Era alto, tosco, robusto, violento, grosero... ¡un salvaje! Cuando vi que en el coche de ferrocarril en que viajaba tenía secuestradas a nueve jovencitas, las más bellas de la ciudad y de las mejores familias, le tomé antipatía.

—Con todo, ¿le pagaría espléndidamente?

—Sí; eso, sí. Pero después de conocer su harén hubiera preferido no servirle. Le perdí toda estimación, y la segunda vez que entró en Chapultepec trató de perseguirme porque le habían dicho que yo era confidente de Carranza. Entonces, el general Agustín Castro me pro-

me no tiene ningún interés. Lo que hace falta es ser valiente.

—Bueno, ¿y qué más?

—Pancho Villa mandó un numeroso destacamento de Caballería para detener el tren y recuperar ochenta prisioneros que llevábamos. Antes de llegar a la estación de San Marcos entablamos batalla, la primera y la última de mi vida. Empezó a las seis de la tarde, y a las cuatro de la madrugada aún se oía el tiroteo. Cogí doscientos prisioneros... Muertos en el campo quedaron más de trescientos...

—¿A usted no le pasó nada?

—Me dieron un tiro en una pierna; pero todo el mundo me creyó muerto. Al llegar a Veracruz entregué el ejército y lo que se me había mandado custodiar. Y no quise saber nada más de revoluciones.

LA AMISTAD DE TORERO CON VARIOS PERSONAJES

El primer gran éxito de V. Hong como torero lo obtuvo en Guadalajara, de cuya plaza fué sacado en hombros.

—¿Cuántas corridas lleva torreadas?

—Cuatrocientas.

—¿Y ha ganado mucho dinero?

—Regular... La corrida que más dinero me ha valido fué una que torcé en Lima y por la que me dieron diez mil dólares.

—Y de cogidas, ¿qué?

—De gravedad, sólo tres.

V. Hong recuerda, emocionado, al general Obregón, íntimo amigo suyo hasta su muerte.

También es muy amigo de Vasconcelo, que comió muchas veces en su casa.

—Con el actual ministro de Hacienda de Méjico, Luis León, con quien me tuteo, torcé últimamente en Coyocun.



V. Hong es un hombre impasible, como buen chino. Pero el diálogo periodístico le divierte, y no ha habido pregunta de nuestro colaborador José D. Benavides, que él haya dejado sin respuesta.

José D. BENAVIDES

(Fotos Badosa.)